



Principales desafíos de la agricultura en Venezuela

Por Francisco F. Herrera

La aparición y consolidación en Venezuela de una propuesta de gestión política con fuerte participación popular, fundamentalmente liderada por los sectores segregados de las urbes y la población rural, han favorecido la transformación del Estado, tanto del marco legal como de los actores políticos. Este fenómeno inició con la llegada de Hugo Chávez a la presidencia de la República en 1999, y tuvo como principal palanca la elaboración de una nueva constitución nacional. Este hito, en la historia del país, marca el inicio de una etapa en el tránsito del modelo agroalimentario del país heredado de un siglo de políticas determinadas por la renta petrolera.

Luego de dos décadas de un proceso convulso de transformaciones de la actividad agrícola, no exentas de tensiones, contradicciones y resistencias, es necesario hacer una reflexión acerca de algunos desafíos que requieren atención. Está claro que el principal objetivo es la conformación de un sistema sustentable para la producción de alimentos que sea tecnológica y



culturalmente soberano. En este sentido se describen a continuación tres desafíos esenciales a tomar en cuenta: la inercia programática que implica la historia reciente del agro venezolano y su apalancamiento en el modelo científico-industrial; la demografía del país después de un siglo de la cultura del petróleo; y, la innegable transformación de las condiciones ecosistémicas globales, regionales y locales que determinarán la verdadera potencialidad de la producción agrícola del país. Estos tres aspectos no son los únicos factores determinantes de la soberanía agroalimentaria, pero, desde la gobernanza de las políticas públicas y la participación popular, representan nodos claves que requieren comprensión y consideración para el futuro próximo.

Primer desafío: La cultura del petróleo

La extracción y comercialización del petróleo, como fenómeno económico, social y cultural, inició en Venezuela en la segunda década del siglo XX. Hasta la fecha, la economía del país había estado basada, esencialmente, en la producción agrícola. En el transcurso de pocas décadas, se reconfiguró a la sociedad en torno a las ciudades, siguiendo el modelo de progreso y modernidad impuesto, y apalancado en las riquezas provenientes de los hidrocarburos. La actividad agrícola disminuyó drásticamente, y las prácticas campesinas y el modelo de hacienda colonial fue sustituido por la implantación del modelo agroindustrial promovido por Estados Unidos hacia mediados de siglo. Este fenómeno determinó cambios drásticos como, 1) la preponderancia de políticas de importación alimentaria y prácticas de agricultura intensiva en capital, 2) la migración masiva de campesinos del campo a las ciudades y los campos petroleros, 3) la creación de las facultades de agronomía dirigidas a la formación para la agricultura mecanizada y el procesamiento industrial de los alimentos, y, 4) la consolidación de una pequeña burguesía urbana agroindustrial a partir de los antiguos terratenientes del período de la agricultura de hacienda. Esta transformación integral de la agricultura en Venezuela, en un período tan corto, dejó de lado las formas tradicionales de producción y consumo de alimentos, particularmente en las instituciones académicas y gubernamentales, configurando una población urbana de espaldas al agro y la vida rural: a este fenómeno se le conoció como la cultura del petróleo (Quintero, 1972).



La conjunción de una moneda sobrevaluada, la introducción de tecnologías foráneas, los capitales privados y la burocracia del Estado, permitieron que la distribución de alimentos no dependiese de la producción agrícola nacional. Con el tiempo, se generaría un moderado sector agroindustrial —altamente subsidiado por la renta petrolera— yuxtapuesto a una actividad agrícola muy restringida y marginal (Herrera et al., 2017). Una economía de puertos sería la alternativa alimentaria para el país.

Con el modelo agroindustrial se privilegió una nueva actividad agrícola, ahora técnica, dependiente y conformada por propietarios de medianas y grandes extensiones; para el campesinado, se relegaron tierras poco productivas o retiradas de los ejes productivos que el mercado privilegió. Con relación a la distribución de la tierra, de manera sintética e ilustrativa, al final del siglo XX, los grandes propietarios constituían el 5 % de los dueños de las tierras y tenían 75 % de la superficie; al campesinado, la gran mayoría de la población rural, le quedaba el 6 % de la tierra (Purcell, 2017).

Desde entonces, la dependencia del petróleo ha caracterizado la vida cultural, política y económica del país, y ha dado lugar a tensiones internas y presiones externas. En consecuencia, la seguridad alimentaria, y más recientemente, la soberanía alimentaria han sido objetivos recurrentes de la narrativa política nacional.

Segundo desafío: la actual demografía del país

Venezuela, junto con Uruguay y Argentina, constituye uno de los países con mayor población urbana de la región. Este fenómeno se debe, fundamentalmente, a las migraciones internas durante el siglo pasado, como consecuencia de la acumulación y circulación de capitales en pocas ciudades y los pocos incentivos económicos para la vida en el campo. En la actualidad, solo cinco ciudades concentran cerca de 34% de la población, y los poblados con más de cien mil habitantes abarcan el 81% de la población.

La población del país, unos treinta millones de habitantes, está distribuida mayoritariamente hacia la costa caribeña, donde la baja soberanía hídrica y alimentaria incrementa la vulnerabilidad ante escenarios de incertidumbre climática y tensiones políticas que afectan al sistema alimentario



(producción/importación y distribución). El país cuenta con una red de ríos de alto caudal en las zonas de menor densidad poblacional, y los suelos de mayor calidad para la agricultura están distribuidos a lo largo de las laderas de los sistemas montañosos y las llanuras de la planicie del río Orinoco, y abarcan unas 30 millones de hectáreas, donde más del 60% son aprovechables para la ganadería extensiva. Unas siete millones de hectáreas son apropiadas para la agricultura vegetal, y la mitad de esta superficie es cultivada con rubros mecanizables (maíz, arroz, sorgo, soya, frijoles y algodón); la producción agrícola involucra a menos del 5% de la población, y el sector agroindustrial, como un todo, se estima que alcanza solo un 14%.

La agricultura campesina, que si bien es una categoría difícil de precisar por su similitud con los pequeños productores, ha sido estimada entre 600 mil y 900 mil personas, y sería la única categoría que tiene a su alcance la plena soberanía alimentaria. Por otra parte, en las ciudades, y en especial en la última década, ha crecido un fuerte movimiento de agricultura urbana, que abarca desde la producción de algunos rubros esenciales y de ciclo corto hasta iniciativas muy organizadas que incluyen la cría de pequeños animales, invernaderos y mercados locales (Alban et al. 2017). De estas cifras se desprende que, la producción alimentaria en Venezuela está primordialmente asociada al sector privado agroindustrial en los rubros de cereales, leguminosas y proteína animal, y los rubros hortícolas y frutales a campesinos y pequeños productores; los déficits alimentarios suelen suplirse a través de la importación. Igualmente, resulta muy evidente, que la inmensa mayoría de la población del país, no solo no produce los alimentos que consume sino que está ubicada a grandes distancias de los principales nodos de producción de alimentos. Esta realidad deja entrever el porqué los alimentos han devenido, en la historia política reciente del país, en elementos de pugna entre las tensiones del Estado con el sector privado industrial, o entre el Gobierno nacional e intereses foráneos: ambas situaciones evidencian una profunda vulnerabilidad alimentaria.

Tercer desafío: el planeta está cambiando rápidamente

Más allá de las tensiones políticas como consecuencia de la cultura del petróleo o la preponderancia de la población urbana, emerge otro fenómeno -que envuelve al desafío del agro para alcanzar la soberanía alimentaria-, y es la



crisis ambiental global. Este fenómeno, a veces mencionado como el cambio climático o la crisis climática, va mucho más allá del clima: abarca los suelos, el ciclo del agua, la vida en los océanos, la pérdida de diversidad y aspectos tan complejos como el desbalance o la interrupción de los ciclos del nitrógeno y del fósforo a nivel planetario (Herrera et al. 2018). Tales procesos están produciendo alarmantes transformaciones sobre las condiciones para la vida en el planeta, y cabe decir que la agricultura no es más que un ecosistema modificado para mantenerlo en una condición seleccionada; por lo tanto, su imbricación con la dinámica de los ciclos biogeoquímicos del planeta es inevitable y toda pretensión de obviar esta realidad es una irresponsabilidad.

A partir de una mirada ecológica, quizás, uno de los aportes que devela la profundidad de la crisis ambiental planetaria que vivimos es la contribución de Rockström y colaboradores (2009) titulada *Un espacio operativo seguro para la humanidad*. Esta revisión muestra cómo las actividades humanas contemporáneas están generando transformaciones profundas de los sistemas ecológicos del planeta, en tal magnitud, que hemos iniciado la transgresión de los límites de aceptabilidad de algunos de ellos que denominan umbrales. El fundamento de esta aproximación, que ha tenido alto impacto en la comunidad científica por la claridad con la que refleja la dimensión de la crisis, es que el planeta está presentando nuevas condiciones biofísicas que no estuvieron presentes durante los últimos diez mil años, y las transgresiones a estos umbrales generarán condiciones muy ajenas a la experiencia humana en toda su historia, y con mayor impacto sobre la experiencia agrícola y sedentaria de nuestra especie; esto nos lanza a un planeta ecológicamente desconocido, con agotamientos muy marcados de fuentes de vida otrora abundantes, como el agua dulce, los suelos fértiles, la pesca, los insectos polinizadores, por mencionar a los más conspicuos. Plantean los autores que los límites de los subsistemas biofísicos que hemos superado, y cuyas consecuencias son impredecibles, abarcan la extinción de especies, el balance del ciclo del nitrógeno global y el balance del ciclo del fósforo. Igualmente, nos acercamos a superar los límites en ámbitos como el acceso al agua dulce, el cambio de uso de la tierra, la acidificación de los océanos y el cambio climático.

Sin duda, el agotamiento de las condiciones para la vida acelerará la aparición de conflictos locales, apropiación forzada de recursos y masivas migraciones cuyos efectos apenas comienzan a ser considerados (UNCCD, 2017). Por tanto, no resulta exagerado afirmar que estamos ante una inminente crisis ambiental



global de proporciones alarmantes y consecuencias aún impredecibles. Por consiguiente, la posibilidad de alcanzar alternativas que propicien la soberanía alimentaria pasa por la exigencia de comprender profundamente las causas radicales de este fenómeno; y, en el caso de Venezuela, articularlas con el reconocimiento de la inercia que impone su historia de políticas en agricultura y las implicaciones que ha tenido la visión de país sobre su demografía.

Opciones políticas y éticas

Una alternativa necesaria, desde la racionalidad y la responsabilidad que implica generar cambios radicales en la política agraria nacional, es pasar todo programa, proyecto, acuerdo internacional o plan de la nación en materia agroalimentaria por el doble tamiz de la sustentabilidad y la soberanía. Este doble tamiz aplica para el diálogo con los múltiples actores, internos y externos, que tensionan las potencialidades de transformación del modelo agrícola; es colocar en el siglo XXI una discusión que arrastra muchas simbologías del pasado que comienzan a ser anacrónicas en el tiempo ecológico que se está viviendo en el planeta.

El riesgo de no evaluar la sustentabilidad (por medio de la aplicación e interpretación de indicadores) es desconocer la capacidad socio ecológica de los agroecosistemas. Esta omisión podría tener implicaciones a mediano o largo plazo, tales como la disminución en la producción de alimentos, incremento de la pobreza local o migraciones, tensiones por el acceso al agua o suelos fértiles; además de perderse la oportunidad de generar una planificación del sistema agroalimentario que esté consciente de los fracasos del modelo agroindustrial y que, simultáneamente, se prepare para escenarios que incorporen transformaciones de las condiciones ecosistémicas.

Sin lugar a dudas, la magnitud de la crisis ambiental planetaria no es comprendida ni asumida por buena parte de la población. En caso contrario, se estarían haciendo políticas públicas y planes de desarrollo en otras direcciones. Esta crisis es un coproducto del capitalismo, pues, en su esencia, este sistema crece de la explotación no-racional de la naturaleza, por tanto, el capitalismo global determina la crisis ambiental global; de allí que, ante el colapso del capitalismo, resulta un error táctico, de consecuencias impredecibles, esperar que de su seno se propongan alternativas viables a la crisis ambiental.



Occidente se queda con pocos referentes donde buscar, pero en nuestros territorios no somos únicamente Occidente: tenemos ricos referentes y múltiples alternativas. Las formas tradicionales, las prácticas, la memoria colectiva, la identidad, la cosmovisión; son invaluableles ante una crisis que presenta pocas referencias, que, combinadas con los híbridos agroecológicos (pensamiento científico-pensamiento campesino), son racionalmente más coherentes que las ofertas corporativas, tecno-científicas. Sin embargo, hay que destacar que la desproporción entre la población urbana y la rural es una tarea pendiente dentro de la realidad venezolana.

Por otra parte, construir la sustentabilidad de los modelos agroalimentarios globales y locales no solo es deseable, es urgente. Las evidencias son tan contundentes, que esta necesidad es de los muy pocos espacios donde la ecología, el rostro ambiental del capitalismo (Herrera et al., 2018), confronta a uno de los bastiones del modelo de desarrollo y su versión actual neoliberal (Rockström et al., 2009). El tiempo para las sustentabilidades enunciadas, vacuas, mediáticas, se agota; hay que mostrarlas, probarlas, medirlas y evaluarlas con la participación popular. El presente texto propone el uso de herramientas como la resiliencia socioecológica, la evaluación de los ciclos de vida (en torno al hecho agroalimentario) o la huella ecológica, que pueden aportar referentes cuantitativos de una variable que ha sido fundamentalmente discursiva, pero pocas veces mostrada o cuantificada, como lo es la sustentabilidad.

Finalmente, resulta esencial asumir que las tensiones políticas y cognitivas dentro del escenario nacional no cesarán por largo tiempo, se requiere de mayor voluntad y más conciencia de la condición ambiental planetaria; así como de debates amplios y democráticos para transitar caminos radicalmente transformadores. El Estado debe asumir una comprensión coherente del momento histórico. La disputa de los territorios por los actores de poder de un sistema económico que colapsa en Venezuela, y allende nuestras fronteras, invita a fortalecer las bases sociales y su acceso directo a las condiciones para la vida; y es allí donde el agua, el suelo, las semillas, la organización política y la información son determinantes. La organización política y la consciencia del momento histórico son elementos fundamentales para los pueblos que aspiran lograr su soberanía alimentaria.



Referencia

Alban, R., Arteaga, M. y Herrera, F. (2017). La agricultura urbana en Caracas: diagnóstico de los espacios agro productivos desde una perspectiva socioecológica. Cuadernos de Desarrollo Rural, 14(80): 1-19.

Herrera, F. F., Domené-Painenao, O. y Cruces, J. M. (2017). The history of agroecology in Venezuela: A complex and multifocal process. *Agroecology and Sustainable Food Systems*, 41 (3-4): 401-415.

Herrera, F. F., Lew, D. y Peña, E. (2018). La ecología académica en América Latina ante la crisis ambiental I: elementos históricos constitutivos de su posicionamiento actual. *Interciencia*, 43 (11): 799-807.

Purcell, T. F. (2017). The political economy of rentier capitalism and the limits to agrarian transformation in Venezuela. *Journal of Agrarian Change*, 17: 296-312.

Quintero, R. (1972) *Antropología del petróleo*. Siglo XXI Editores.

Rockström, J., Steffen, W., Noone, K., Persson, A., Stuart III Chapin, F., Lambin, E., Lenton, T. M., Scheffer, M., Folke, C., Schellnhuber, H. J., Nykvist, B., De Wit, C. A., Hughes, T., Van der Leeuw, S., Rodhe, H., Sörlin, S., Snyder, P. K., Costanza, R., Svedin, U., Falkenmark, M., Karlberg, L., Corell, R.W., Fabry, V. J., Hansen, J., Walker, B., Liverman, D., Richardson, K., Crutzen, P. y Foley, J. (2009). A safe operating space for humanity. *Nature*, 461: 472-475.

UNCCD (2017) *The Global Land Outlook*. United Nations Convention to Combat Desertification. Bonn, Alemania. 337 pp.